



A la deriva



PENELOPE FITZGERALD

*Traducción del inglés a cargo de
Mariano Peyrou*

*Introducción de
Alan Hollinghurst*



IMPEDIMENTA



—¿Debemos entender que el *Acorazado* nos está pidiendo que actuemos de modo deshonesto? —preguntó Richard.

El *Acorazado* asintió, contento de que le hubieran entendido con tanta facilidad.

—Solo para poder hacer la venta. No se me ocurre otra solución. Me gustaría que todos los presentes accedieran a no mencionar la filtración principal o, mejor dicho, a no sacar el tema de la filtración principal, salvo que se les pregunte directamente.

—Lo que nos estás pidiendo en realidad es que digamos que el *Acorazado* no tiene filtraciones, ¿no es así? —preguntó Richard con infinita paciencia.

—Esa es una manera un poco fuerte de decirlo.

Todas las reuniones de los propietarios de los barcos, debido a un movimiento tan natural como el de las

mareas, tenían lugar en el dragaminas de Richard, un Ton-class reformado. El *Lord Jim* constituía una buena reprimenda para los aficionados: con una immaculada capa de pintura gris que siempre lucía como nueva, eclipsaba a los demás navíos y casi duplicaba su tonelaje, así como Richard, con su elegante chaqueta azul marino, dominaba las reuniones, pese a que no tenía el menor interés en asumir tal responsabilidad. Vivir en Battersea Reach, observados por casas de gran esplendor y bajo la vigilancia de las autoridades del puerto de Londres, implicaba, desde luego, ciertas normas de conducta. Y probablemente Richard fuera, de entre todos los hombres que puedan hallarse en tierra firme o en alta mar, uno de los menos deseosos de imponerlas. Pero alguien tenía que hacerlo. Un deber es aquello de lo que nadie más se va a ocupar en un determinado momento. Por suerte, él no necesitaba ninguna definición. Por su condición de reservista voluntario en la Marina Real, había servido durante la guerra, lo cual, unido a su temperamento, le había proporcionado una noción clara del deber.

Richard ni siquiera quería encargarse de aquellas reuniones. Habría preferido que se formara un comité, pero los propietarios —de los cuales muchos en realidad no eran tales, sino meros arrendatarios de los barcos en que vivían— no estaban hechos para participar en comités. Entre el *Lord Jim*, que se encontraba atracado casi a la sombra del puente de Battersea, y las antiguas barcasas de madera del Támesis, que se hallaban doscientos metros río arriba, cerca de los muelles donde se deshacían de la basura y donde se situaba la fábrica de

cerveza, se abría un gran abismo. A los moradores de las barcasas, criaturas que no eran ni de tierra ni de agua, les hubiera gustado ser más respetables de lo que eran. Aspiraban a instalarse en la orilla de Chelsea, donde, a comienzos de los años sesenta, miles de personas vivían dedicándose a actividades razonables, con una adecuada cantidad de dinero. Pero a causa de la imposibilidad de ser como los demás, que a ellos les resultaba verdaderamente perturbadora, se quedaron encallados, junto a tantas otras cosas arrastradas por la corriente, en los embarcaderos enlodados del canal de marea.

Desde un punto de vista biológico, podía decirse que, como la mayor parte de las criaturas que vivían en la costa, habían «triunfado». No resultaba fácil librarse de ellos. Pero, en realidad, vender el navío para después marcharse de Battersea se consideraba un acto de desesperación, similar al que realizaron los anfibios cuando, en un pasado remoto, salieron a la tierra. Muchas de aquellas especies perecieron en el intento.

Richard, tras echar un vistazo alrededor de su elegante mesa, adornada con detalles metálicos, tuvo la impresión de que todo el mundo se estaba comportando lo mejor que podía. No había forma de evitar aquello, y como, al fin y al cabo, Willis había solicitado que se tratara su caso, comenzó a recoger opiniones con meticulosidad.

—¿*Rochester?* ¿*Grace?* ¿*Pájaro azul?* ¿*Maurice?* ¿*Tiempo de reposo?* ¿*Dunkirk?* ¿*Incansable?*

Richard hacía lo correcto al dirigirse a ellos empleando el nombre de sus navíos, ya que, siendo rigurosos, se encontraban en el puerto. Maurice, un hombre joven y cordial, había comprendido nada más llegar a Battersea

que Richard siempre haría eso y que, por lo tanto, él sería conocido como *Dondeschiepolschuygen IV*, nombre que estaba inscrito en letras doradas a ambos lados de la proa de su barco. Fue por eso que lo rebautizó como *Maurice*.

A nadie le gustaba ser el primero en hablar, y Willis, un artista de unos sesenta y cinco años especializado en pinturas marinas y el propietario del *Acorazado*, estaba sentado con las manos apoyadas sobre la mesa y la cabeza ligeramente inclinada, de modo que solo se le veía la parte superior de la coronilla, con unos alborotados pelos negros y canosos a modo de aureola. Río abajo, la bocina de un barco soltó un largo gemido y acabó con aquel incómodo silencio. Se trataba de una señal particular del Támesis: «estoy a punto de zarpar». La marea estaba subiendo, aunque los barcos seguían descansando sobre el lodo.

Al oír un leve pero significativo ruido procedente de la cocina, Richard se disculpó educadamente y salió. Tal vez pudieran decir algo más sobre aquel extraño asunto cuando regresara.

—¿Qué tal vas, Lollie?

Laura estaba cortando algo en trozos pequeños y tenía un libro de cocina abierto delante de ella. Le echó una mirada cansada y provinciana, con los ojos muy abiertos, una mirada cuyos horizontes deberían hallarse limitados por hectáreas de labranza y pastoreo. Richard sabía que la lealtad que ella le profesaba se traducían en que nunca, hasta el momento, se había quejado ante nadie más que él por tener que vivir, en lugar de en una bonita casa, en un barco en medio de Londres. Visitaba

a sus padres una vez al mes para enfrentarse a su familia, que esgrimía argumentos de aquella índole, a lo que ella siempre respondía que había gente muy agradable viviendo en el Támesis. Pero entre ellos dos no había necesidad de fingir. Y aunque Richard era un hombre que, siempre que concluía una etapa de su vida, la dejaba atrás con discreción; y a quien le gustaba poder darle una explicación racional a todo, no era capaz de justificar ese apego que sentía por el *Lord Jim*. Podría permitirse una casa sin mayor problema; de hecho, la reforma del *Jim* le había salido bastante cara. Y aunque el río apelara a su parte soñadora más que a su yo diurno, creía que no tenía por qué prestarle atención.

—Ya casi hemos terminado —dijo.

Con un movimiento de cabeza, Laura se echó hacia atrás su húmedo pelo largo. En teoría, su aspecto dependía de los servicios de diversos empleados, mi peluquero, mi último peluquero, mi médico, mi otro médico al que empecé a ir cuando descubrí que el primero no me atendía bien, pero la verdad es que, con sus atenciones o sin ellas, Laura siempre estaba preciosa.

—Esta cocina, con el nuevo extractor, no está tan mal, ¿verdad? —dijo Richard—. Todavía hay un poco de vapor, claro...

—Te odio. ¿No puedes librarte de esa gente de una vez?

En la cantina, Maurice, que había llegado bastante tarde, decía algo en favor de Willis. Era una persona irremediabilmente empática. Su actividad principal, que

consistía en ir por la noche a un *pub* cercano con el que tenía un acuerdo, ligarse a algún hombre y llevárselo a su barco, no era particularmente rentable. Maurice no tenía una disposición innata para obtener grandes rentas, pero tampoco tenía una disposición innata para lamentarse por ello, ni por ninguna otra cosa. A quienes sentían cariño por él no les resultaba fácil comunicárselo, ya que parecía no distinguir entre amigos y enemigos. Por ejemplo, un conocido suyo bastante desagradable empleaba una parte de la bodega de Maurice para almacenar bienes robados. Richard y Laura se contaban entre los pocos propietarios de barcos que no estaban al tanto de ello. Y sin embargo, Maurice parecía sentirse casi orgulloso, porque Harry no era un cliente, sino alguien que le había pedido un favor y no le había dado nada a cambio.

—Tendré que advertir a Harry para que no diga nada de las filtraciones —dijo.

—¿Qué sabe él de eso? —preguntó Willis.

—Antes estaba en la marina mercante. Si viene gente a ver el *Acorazado*, puede que le pregunten su opinión.

—Nunca lo he visto hablar con nadie. No viene muy a menudo, ¿verdad?

En ese momento, el *Lord Jim* sufrió una inconfundible sacudida que lo zarandó de proa a popa. No se cayó nada al suelo, porque el navío estaba bien amarrado, pero tembló ligeramente y después se elevó. La marea lo había levantado del fondo.

Al mismo tiempo, un incómodo escalofrío recorrió a todos los que estaban sentados en torno a la mesa. Durante las siguientes seis horas —o un poco menos,

ya que en Battersea la subida del río dura cinco horas y media, y la bajada, seis y media—, no estarían viviendo en tierra, sino sobre el agua. Y todos ellos sentían los parches que había en el casco de sus navíos, la tensión que soportaban y sus diversas grietas como si fueran los puntos débiles de sus propios cuerpos. Temían el momento de regresar a ellos para comprobar si el último sellado había cedido y, al mismo tiempo, sentían una punzante ansiedad por hacerlo. Las barcazas del Támesis no tienen quilla y flotan en cuanto hay unos centímetros de agua. La única excepción fue Woodrow, del *Rochester*, director jubilado de una pequeña empresa y fanático del mantenimiento de su embarcación. La subida de la marea no le causaba verdadero terror, pero lo llenaba de preocupación e impaciencia porque el *Rochester*, en su opinión, tenía unas hermosas rayas por debajo de la línea de flotación, rayas que no volverían a ser visibles hasta doce horas más tarde.

En todas las barcazas de Battersea, el leve y ominoso goteo de un grifo, aunque no hiciera más ruido que la puerta de un armario al cerrarse, iba seguido de sonidos más fuertes procedentes de cada placa, de cada ristrel, de cada pieza de madera; una sucesión de crujidos atronadores que a veces incluso parecían quejidos humanos. Las ancianas embarcaciones, enloquecidas, flotaban felices sin carga alguna mientras esperaban el regreso de sus propietarios.

Richard, como buen comandante, notó que el ambiente de la reunión estaba tenso, y eso que había una pared divisoria de teca entre él y sus invitados.

—Más vale que los vaya despachando.

—Puedes invitar a uno o dos a que se queden un rato a tomar algo —dijo Laura—. Si es que hay alguien presentable.

Laura a menudo imitaba inconscientemente la voz de su padre y, como él, había empezado a beber algo más de la cuenta de vez en cuando, por puro aburrimiento. Richard sintió un abrumador ataque de cariño hacia ella.

—Hoy he comprado el *Country Life* —dijo Laura.

Él ya se había dado cuenta. Cualquier cosa nueva llamaba la atención en el ordenado *Lord Jim*. La revista estaba abierta por los anuncios de casas, entre los cuales había una fotografía en la que se veía un césped, un cedro con su sombra y una casa más bien cuadrada en el fondo, dando sentido al césped. Mes tras mes aparecía una foto similar, aunque variaban el tamaño de la casa y el condado en el que se hallaba, lo cual daba la impresión de que los lectores del *Country Life* eran inmunes al cambio, o de que, al menos, ningún cambio se veía reflejado en sus páginas.

—No estaba pensando precisamente en esa, Richard. Mira unas páginas más adelante. Hay algunas más pequeñas.

—Puedo decirle a Nenna James que se quede un rato —dijo Richard—. La del *Grace*, digo.

—¿Por qué? ¿Es que te parece guapa?

—Nunca lo había pensado.

—La ha dejado el marido, ¿no?

—No estoy muy seguro de cuál es su situación.

—El cartero solía comentar que no llegaban muchas cartas para el *Grace*.

Laura dijo «solía» porque las cartas ya no las traía el cartero; después de que se cayera dos veces de la rampa de desembarco del *Maurice*, que no estaba bien sujeta, y todo el correo de la mañana se hundiera en el río lleno de basura, el servicio postal, no sin razón, había notificado que suspendía el reparto en Battersea Reach. Esta institución también había manifestado que el señor Blake, del *Lord Jim*, había rescatado a su empleado en ambas ocasiones, y que deseaba agradecerse públicamente. Las cartas, desde entonces, debían recogerse en la oficina del varadero, por lo que Laura tenía la sensación de que vivir allí no era muy distinto de vivir en el extranjero.

—Creo que Nenna es muy agradable —continuó Richard—. La verdad es que a mí me parece muy agradable. Pero no estoy seguro de si me gustaría quedarme a solas con ella durante demasiado tiempo.

—¿Por qué no?

—Bueno, me da la impresión de que podría echarse a llorar de repente, o quitarse la ropa.

De hecho, eso le había ocurrido a Richard una vez en Nestor y Sage, la asesoría financiera para la que trabajaba. Estaban pensando en reformar la oficina y dejarla diáfana, que era más moderno.

Todos los asistentes a la reunión levantaron la mirada con alivio cuando Richard regresó a la cantina. Se plantó allí con firmeza, pese a que el barco no dejaba de balancearse, y afirmó —incluso con la postura de su cuerpo, junto a la puerta— que todo saldría razonablemente bien, por difícil que pareciera. No es que tuviese demasiada seguridad en sí mismo, sino que era un buen juez de lo factible.

Willis le agradecía su apoyo al joven Maurice.

—Bueno, has defendido a un amigo en apuros...

—De nada.

Willis estaba ya levantándose de la mesa cuando dijo:

—De todos modos, yo no creo que ese tipo haya estado nunca en la marina mercante.

«Asunto aplazado», pensó Richard. Con firmeza, pero no sin educación, acompañó a la trémula asamblea escalerilla arriba. Sintió alivio, como siempre, al salir a cubierta. Las primeras neblinas del otoño hacían que resultara difícil contemplar Battersea Reach en toda su extensión. Las gaviotas flotaban como los barcos y merodeaban en torno al *Lord Jim*, manchándose las plumas blancas en la superficie del agua.

—En cualquier caso, probablemente tengas mucho tiempo para solucionar tu problema —le dijo a Willis—. Es una cosa muy lenta, lo de vender estos barcos. La filtración que tienes está hacia la popa, ¿no? Y tendrás las cuatro bombas funcionando, supongo... Una en cada depósito, ¿me equivoco?

Esa imagen del *Acorazado* era tan errónea que Willis consideró que lo mejor era no decir nada, y se limitó a hacer un gesto que tenía algo que ver con el saludo de un oficial de escaso rango. Después siguió a los demás, que tenían que cruzar a tierra y recorrer el dique. La zona intermedia de Battersea Reach se encontraba ocupada por navíos pequeños, que en su mayor parte habían sido amarrados para todo el invierno; a algunos de ellos ya los habían cubierto con una lona doble para protegerlos de las inclemencias venideras. Se trataba

de embarcaciones que solo se utilizaban cuando hacía buen tiempo. Los propietarios de las barcas tenían que ir hasta el muelle donde estaba la fábrica de cerveza, atravesando la cubierta de proa del *Maurice* y pasando por una serie de rampas de desembarco que los conducían hasta sus navíos. Woody tenía que cruzar el *Maurice*, el *Grace* y el *Acorazado* para regresar al *Rochester*. Solo el *Maurice* se encontraba amarrado al muelle.

En ese momento pasaba uno de los últimos vapores de recreo de la temporada, con las luces de la cabina encendidas, rumbo a Kew.

—Señoras y señores, Battersea Reach. A su derecha, la colonia de los artistas. En esos barcos vive gente, igual que en el Sena. Viven como artistas. Sí, hay gente que vive en esos barcos.

Richard había hecho detenerse a Nenna James.

—Me gustaría que tomaras algo con nosotros. Laura esperaba que pudieras.

Nenna tenía muchos defectos de carácter, pero también un instinto natural para reconocer los motivos que hacían infelices a los demás. Este instinto solo le había fallado una vez, con su propio marido. En ese preciso momento, Nenna supo que Richard estaba molesto por lo insatisfactorio de la reunión. No se había analizado nada, ni siquiera se había debatido nada de un modo productivo.

—Ojalá supiera la hora exacta —dijo ella.

Richard se sintió satisfecho de inmediato, como solo se sentía cuando algo podía confirmarse con la máxima precisión. ¡La hora exacta! Tal vez Nenna quisiera echar un vistazo a sus cronómetros. No solían funcionar bien

en embarcaciones pequeñas como la de ella, ya que les afectaban los cambios de temperatura —no sabía si Nenna se había percatado de ello— y, por supuesto, las vibraciones. En cambio, él podía decirle no solo la hora, sino también el estado de la marea en cada uno de los puentes del río. No era muy habitual que alguien mostrara interés por esa clase de datos.

Laura sacó las botellas y los vasos y un gran plato con cosas para picar por la escotilla de la cocina.

—Ahí dentro huele raro.

Se refería al perceptible hedor a alquitrán que los propietarios de las barcas, debido a que se pasaban una gran parte del día haciendo reparaciones, dejaban allá donde iban.

—Bueno, cariño, si no te gusta cómo huele, vamos a popa —dijo Richard, cogiendo la bandeja. Nunca permitía que una mujer llevara nada. Los tres se metieron en un cuartito que, con sus armarios empotrados y sus cojines rojos, se parecía a los reservados de los *pubs*. Había también una estufa que emitía un cálido resplandor; estaba regulada para generar exactamente el calor adecuado.

Laura se sentó, como con pesadez.

—¿Qué tal es vivir sin tu marido? —preguntó, dándole a Nenna un gran vaso de ginebra—. Me lo he preguntado muchas veces.

—A lo mejor podrías ir a buscar más hielo —dijo Richard. Había suficiente.

—No me ha dejado, en realidad. Es solo que en este momento no estamos juntos.

—Yo ahí no me meto. Lo que quiero saber es cómo

te va a ti sin él. Supongo que las noches serán frías, claro. No te preocupes por Richard. Para él todo esto es un halago, si lo piensas.

Nenna los miró alternativamente. La verdad es que era un alivio hablar del tema.

—No puedo hacer las cosas que las mujeres no saben hacer —dijo—. No puedo pasar las páginas del *Times* sin que se me arruguen, no sé plegar un mapa como corresponde, no sé descorchar botellas, soy incapaz de clavar un clavo y que me quede recto, no puedo entrar en un bar y pedir una copa sin preguntarme qué pensará la gente y no puedo encender cerillas en dirección a mi cuerpo. Soy una persona culta y tengo dos hijas y me las apaño bastante bien, y hay un montón de cosas mucho más importantes que sí sé hacer, pero no sé hacer esas, y cada vez que tengo que hacer alguna de ellas, me dan ganas de echarme a llorar.

—Estoy seguro de que podría enseñarte a plegar un mapa —dijo Richard—. No es tan difícil, cuando le coges el tranquillo.

Los ojos de Laura parecían haberse acercado el uno al otro. Estaba totalmente concentrada.

—¿Te ha dejado el barco?

—El *Grace* lo compré yo, cuando él ya se había ido, para tener un sitio donde vivir con las niñas. Me costó casi todo el dinero que teníamos.

—¿Te gustan los barcos?

—Estoy acostumbrada a ellos. Me crié en Halifax. Mi padre tenía una cabaña de veraneo en el lago Bras d'Or. Ahí teníamos barcos.

—Espero que no tengas que hacer ninguna reparación.

—Nos entra un poco de lluvia.

—Ah, el revestimiento. Prueba a extender una lona impermeable sobre la cubierta.

Por mucho que lo intentara, Richard no era capaz de entender cómo podía vivir la gente sin tenerlo todo en perfecto estado.

—Aunque yo, personalmente, no sé si es buena idea estar reparando continuamente estos barcos tan antiguos. Mi impresión, por si sirve de algo, es que habría que considerarlos activos depreciables. Lo mejor es dejar que se vayan deteriorando año tras año, hacerse cargo de los pequeños gastos que generen y que al final se los lleve un remolcador a cambio de su valor de liquidación.

—Pero entonces no sé dónde viviríamos.

—Ah, me pareció que habías dicho que ibais a buscar un sitio en tierra firme.

—Ah, sí, sí.

—No pretendía agobiarte.

Laura había tenido tiempo, mientras escuchaba estos comentarios sin demasiada atención, de tomarse unos cuantos tragos, que la habían vuelto más inquisitiva que hostil.

—¿Dónde conseguiste tu *guernsey*?¹

Las dos mujeres llevaban el reglamentario suéter azul marino, grueso y con una abertura de un centímetro en las costuras laterales. Nenna se lo había arregado, pues en el cuartito hacía calor, mostrando

1. Suéter de lana, muy ajustado, característico de los marineros. (*Todas las notas son del traductor.*)

unos antebrazos redondeados y cubiertos por un vello fino y dorado.

—Me lo compré en ese sitio de ofertas que hay al final de Queenstown Road.

—Pues no es tan grueso como el mío.

Laura se inclinó hacia delante y, cogiendo un buen trozo entre el índice y el pulgar, palpó el duro tejido.

—Reconozco la calidad cuando la tengo delante, y noto que este no es tan grueso. Richard, ¿quieres comprobarlo?

—Me temo que no tengo mucho que decir sobre tejidos.

—Bueno, entonces haz algo con la estufa. ¡Haz algo, idiota! Nenna se está congelando.

—No tengo nada de frío, gracias. Estoy muy bien.

—¡Tendrías que estar mucho mejor! ¡Richard, es tu invitada!

—Puedo ajustar la estufa, si quieres —dijo Richard, intentando socorrerla—. Puedo hacer algo con el regulador.

—¡No quiero que la regules!

Nenna sabía que, si no hubiera sido una deslealtad hacia Laura, Richard le habría pedido que hiciese o dijese algo.

—Nosotras usamos casi cualquier cosa para calentarnos —dijo Nenna—. Madera y coque que trae la corriente y cualquier cosa que arda. Maurice me contó que el invierno pasado tuvo que pedir prestada una vela en el *Acorazado* para descongelar el cerrojo de su depósito de leña. Y después, una vez que había invitado a un amigo, no lograba que la estufa funcionara

bien y tuvo que usar cerillas y palitos de queso para que no se apagara.

—El depósito de leña nunca debe estar en la cubierta —dijo Richard.

Laura, por algún motivo, había estado siguiendo la conversación con doloroso interés.

—¿Los palitos de queso arden? —preguntó.

—Maurice piensa que sí.

Laura desapareció. Nenna apenas tuvo tiempo de decir que ya tenía que irse antes de que regresara, tambaleándose y adoptando una postura inclinada pero digna, con una lata de palitos de queso en la mano.

—Son de Fortnum.

Esquivando a Richard, que se puso en pie en cuanto vio algo que podía llevar, abrió la tapa de la estufa y echó un montón dorado de palitos de queso sobre el brillante lecho de leña.

—¡Qué calor!

Las llamas crecieron de repente, con un penetrante olor a queso quemado.

—¡Qué maravilla! ¡Qué calor! ¡Tengo muchos más! ¡Tengo la cocina llena de palitos de estos! Haremos que los eche Richard. ¡No, los echaremos entre todos!

—Viene alguien —dijo Nenna.

Se oyeron unos pasos por encima de sus cabezas y experimentó un alivio semejante al que podrían sentir las víctimas de un asedio. Reconoció las pisadas resueltas de su hija menor, pero también distinguió unos pasos más pesados. Le dio un vuelco el corazón.

—Mamá, huele a quemado.

Tras una lucha breve y encarnizada, Richard logró

volver a colocar la tapa de la estufa metálica. Nenna se dirigió hacia la escalerilla.

—¿Con quién estás, Tilda?

Las piernecitas de seis años de Tilda, que terminaban en unas katiuskas cubiertas de barro, aparecieron por la escotilla abierta.

—Con el padre Watson.

Nenna se quedó callada un segundo, y Tilda gritó:

—Mamá, es un cura muy mayor y muy amable. Vino al *Grace*, y yo lo he traído hasta aquí.

—El padre Watson no es mayor en absoluto, Tilda. Tráelo aquí abajo, por favor. Bueno, si es que...

—Por supuesto —dijo Richard—. Se tomará un whisky con nosotros, ¿no, padre?

No sabía con quién estaba hablando, pero creía, porque lo había visto en el cine, que los sacerdotes católicos bebían whisky y contaban largas historias, lo cual podía ser muy útil en aquellas circunstancias. Richard habló con autoridad y calma. Nenna lo admiró. Le hubiera gustado echarle los brazos al cuello.

—No, ahora no puedo quedarme, pero gracias de todos modos —gritó el padre Watson, cuyos pantalones se veían ondear junto a las katiuskas de Tilda y un trozo cuadrado de cielo—. Solo quería decirle una cosita, señora James, pero puedo esperar sin problema si está ocupada con sus amigos o si ahora no le viene bien por cualquier otro motivo.

Pero, para sorpresa del vicario, que nunca tenía la impresión de ser verdaderamente bienvenido, Nenna ya estaba subiendo la escalerilla. Había empezado a lloviznar, y su largo impermeable estaba tachonado de gotas de agua,

que reflejaban las luces de la costa y las luces de fondeo de las embarcaciones ancladas.

—Me temo que la pequeña se va a empapar.

—Es resistente al agua —dijo Nenna.

En cuanto llegaron al embarcadero, el padre Watson comenzó a hablar en voz baja.

—Como se imaginará, he venido por las niñas. Me ha llegado un mensaje de las monjas, un mensaje de las Hermanas de la Misericordia. —A veces se preguntaba si no le iría mejor, con las embarazosas tareas que le encomendaban, si tuviera acento irlandés, o si empleara unos giros lingüísticos más pintorescos—. Sus hijas, señora James. Esta, Tilda, y la de doce años.

—Martha.

—Un nombre encantador. Martha se ocupaba de las labores domésticas durante las visitas de nuestro Señor. Pero no es un nombre de santa, creo.

El padre Watson parecía decir estas cosas de forma automática. No podía haber venido andando hasta Battersea Reach solo para hablar del nombre de Martha.

—Supongo que se pondrá otro nombre para la confirmación. Convendría no postergarla demasiado. Sugiero que se ponga «Stella Maris», Estrella del Mar, ya que usted ha decidido fijar su morada sobre las aguas.

—Padre, ¿ha venido a quejarse porque las niñas han estado faltando al colegio?

Habían llegado al muelle, que estaba sumamente mal iluminado. Los cerveceros a los que pertenecía, que, como todos los cerveceros de los años sesenta, querían recuperar la supuesta jovialidad del siglo XVIII, habían solicitado un permiso para convertirlo en una terraza moderna. Pero

se trataba de una idea que iba contra el espíritu húmedo, melancólico y, sin embargo, impercedero de Battersea Reach. Tras abandonar esos planes, alquilaron el muelle a diversos artesanos aficionados y almacenistas. En cualquier caso, los destartados cobertizos y barracas debían de pertenecer a alguien, así como las pilas de cajas cuyas inscripciones estampadas habían palidecido hacía ya tanto tiempo.

Pero, atestado de ratas y descuidado, seguía siendo un muelle. La orilla del río, donde los fantasmas de Virgilio extendían los brazos, anhelando cruzar al otro lado; donde a Dante, un hombre vivo, se le denegaba el acceso al transbordador, y donde unos pocos tablones señalaban el punto de encuentro entre la tierra y el agua, era, sin duda, un buen lugar para detenerse y reflexionar, incluso aunque, como le pasó al padre Watson, uno tropiece con una lata de cincuenta litros de creosota.

—Me temo que no estoy acostumbrado a caminar con tan poca luz, señora James.

—Mire al cielo, padre. Mantenga la vista en la parte más clara del cielo, y los ojos se le irán habituando poco a poco.

Delante de ellos, Tilda iba dando saltos. En la oscuridad se sentía como en casa, así como en cualquier parte donde se viera u oyera agua. Sentía que ya le había ofrecido al vicario su cuota de educación, la cuota exigida por su madre y su hermana mayor, así que subió correteando al *Maurice* y, tras dar una breve vuelta por allí, atravesó la rampa que lo conectaba con el *Grace*.

—Espero que me disculpe si no la acompaño más, señora James. Es exactamente lo que usted ha dicho: la

cuestión de la asistencia al colegio. El problema, ¿sabe?, es que me dicen que el tema tiene implicaciones legales.

Debía de ser muy desalentador para el padre Watson tener que decirle eso, pensó Nenna, algo que debía de estar muy alejado de las expectativas que sin duda tenía cuando recibió sus dos primeras órdenes menores e hizo sus últimos votos de renuncia. ¡Estar ahí, en ese muelle crepuscular, tras haber sido atacado por una lata de creosota, teniendo que actuar ni siquiera como el capellán de un convento, sino como una especie de supervisor de la asistencia escolar!

—Sé que han faltado mucho a clase últimamente, padre. Pero es que no se encontraban nada bien.

Ni siquiera del padre Watson podía esperarse que se tragara aquello.

—Me ha llamado la atención la buena salud y el excelente estado de ánimo de la pequeña. De hecho, había pensado que podrían empezar a formarla para que se incorporara a los servicios auxiliares femeninos que dieron tan buen resultado en la última guerra. Me refiero a las WRENS,² naturalmente. Se trata de un servicio que no resulta incompatible con una vida cristiana.

—Ya sabe lo que pasa con los niños: Tilda un día está bien y al día siguiente ya no lo está tanto. —La actitud de Nenna ante la verdad era flexible, más parecida a la de Willis que a la de Richard—. Y a Martha le ocurre lo mismo. Es muy normal, a su edad.

2. Así se conocía popularmente a la sección femenina de la Marina Real Británica.

Nenna tenía la esperanza de alarmar al vicario aludiendo de este modo a la inminente llegada de la pubertad, pero él, sin embargo, pareció reafirmarse al oírla hablar.

—Si ese es el problema, lo mejor que puede hacer usted es confiársela a las Hermanas, que tienen una gran experiencia con estas cuestiones. —Qué obstinado era—. Bueno, entonces las esperarán en clase el próximo lunes.

—Haré lo que pueda.

—Muy bien, señora James.

—¿No quiere acompañarme hasta el barco?

—No, no. No voy a arriesgarme a cruzar por segunda vez. —¿Qué habría pasado la primera?—. Y ahora me temo que me está fallando ligeramente mi sentido de la orientación. Tendré que pedirle que me indique cómo llegar a tierra firme.

Nenna le indicó el camino. Había que atravesar la puerta —que, debido a que giraba sobre sus goznes, ya no suponía una barrera en absoluto—, salir al embarcadero y tomar la primera a la izquierda y después la primera a la derecha, para subir por Partisan Street hasta llegar a King's Road. El semblante del sacerdote no habría transmitido más alivio ni aunque hubiera concluido una misión entre quienes habitan las aguas que hay debajo de la tierra.

—Tengo la cena lista, mamá —dijo Martha cuando Nenna regresó al *Grace*. Nenna se habría sentido más satisfecha consigo misma si se hubiera parecido a su hija mayor. Pero Martha, menuda y con unos ojos oscuros que ya mostraban su aceptación de las imperfecciones del mundo, no se parecía a su madre, y menos aún a su padre. Ya

hacía mucho tiempo desde que Martha había dejado atrás el momento crucial en el que los niños dejan de creer que sus padres son más jóvenes de lo que realmente son.

—Hay alubias en salsa de tomate. Si viene el padre Watson, tendremos que abrir otra lata.

—No, cariño, se ha ido a su casa.

Nenna estaba cansada y se sentó en la sobrequilla, que recorría el fondo plano de la barcaza de un extremo a otro. Estaba muy mal depender demasiado de los hijos.

Martha, muy segura de sí misma, se sentó a trabajar en la cocina del *Grace*, que consistía en dos hornillos de gas situados a proa y conectados a una bombona de la marca Calor, y en un fregadero de latón. El agua llegaba al fregadero desde un depósito que había en la cubierta, que un hombre del varadero rellenaba cada veinticuatro horas. Había que improvisar bastante y Martha había puesto a calentar tres platos de hojalata sobre la cacerola de alubias, que emitía un silbido constante.

—¿Te lo has pasado bien en el *Lord Jim*?

—No, nada bien.

—¿A mí me habría gustado ir?

—No, no lo creo. La señora Blake metió unos palitos de queso en la estufa.

—¿Y qué dijo el señor Blake?

—Él quiere que ella esté feliz, quiere que sea feliz. No lo sé.

—¿Y qué quería el padre Watson?

—¿No te ha comentado nada?

—Supongo que iba a decirme algo, pero lo mandé a buscar con Tilda, que necesitaba hacer un poco de ejercicio.

—Así que no mencionó nada.

—Solo se presentó aquí y le preparé una taza de té e hicimos un acto de contrición juntos.

—Quería saber por qué no habéis ido a clase últimamente.

Martha soltó un suspiro.

—He estado leyendo tus cartas —dijo—. Están ahí tiradas, en tu camarote. La mayoría ni siquiera las has mirado.

Las cartas eran la conexión de Nenna no solo con la tierra, sino con su vida anterior. Muchas venían de Canadá; las enviaba su hermana Louise, que le pedía que hospedara a algunos viejos conocidos que iban a pasar por Londres, o que encontrara una familia apropiada para un niño austríaco encantador, no mucho mayor que Martha, cuyo padre era una especie de conde que también se dedicaba al negocio de las importaciones y exportaciones, o que intentara recordar a una persona maravillosa, la amiga de una amiga suya a la que le había sucedido algo muy, muy triste. Y luego había una o dos facturas, no muchas porque Nenna no tenía cuentas de crédito, una postal de una antigua amiga del colegio que empezaba diciendo «apuesto a que no te acuerdas de mí» y dos misivas en las que se le pedía que colaborara con obras de caridad, ambas remitidas por el padre Watson, que simplemente había escrito «Grace» a modo de dirección, pese a lo cual las cartas habían llegado.

—¿Hay alguna de papá?

—No, mamá, eso fue lo primero que miré.

No había nada más que decir al respecto.

—Ay, Martha, me duele la cabeza. Las alubias me van a sentar fenomenal.

Entró Tilda, mojada y negra como el carbón de la cabeza a los pies.

—Willis me ha dado un dibujo.

—¿De qué?

—Del *Lord Jim* y unas gaviotas.

—No deberías haberlo aceptado.

—Bueno, pero yo le he dado otro a cambio.

Tilda se había quedado esperando en el *Acorazado* para ver cómo entraba el agua por la filtración principal. El agua había subido casi hasta la litera y había estado a punto de mojar las sábanas de Willis. Nenna se preocupó.

—Bueno, pero el agua sale cada vez que baja la marea. Willis tendrá que mostrarle el barco a la gente cuando haya marea baja y conseguir que se larguen antes de que empiece a subir.

—Y también podría hacer algunas reparaciones —dijo Martha.

—No. El destino está en su contra —dijo Tilda y, tras tomar un par de cucharadas de alubias, se quedó profundamente dormida con la cabeza sobre la mesa. Era imposible, en cualquier caso, bañarla, porque solo tenían permitido tirar el agua de la bañera cuando la marea estaba bajando.

Para entonces, la marea había subido mucho. La niebla había desaparecido y, hacia el noreste, la planta generadora de Lots Road había escupido por sus cuatro majestuosas chimeneas unas largas columnas de humo blanco nacarado que fueron languideciendo y volviéndose parduzcas poco a poco. Las luces brillaban con fuerza, pero en la amplia superficie del agua se veían innumerables remolinos con forma de uve que mostraban la posición

exacta de todo lo que el río no había podido ocultar. Si siguieran existiendo los antiguos oficios del Támesis, si los barqueros siguieran ganándose la vida sacando monedas de los bolsillos de los ahogados, esa habría sido su hora de ponerse a trabajar. Lejos, en lo alto, unas grandes nubes otoñales cruzaban el transparente cielo violeta.

Después de cenar, se instalaron junto a la luz de la estufa. Nenna se dio cuenta de que debería escribir a Louise, que estaba casada con un próspero hombre de negocios. Empezó así: «Querida hermana, dile a Joel que para las niñas es muy educativo criarse en el centro de la capital, en la costa del histórico río de Londres».